

HISTORIA DE ÉRASE UNA VEZ UNA MAESTRA...

Jorge Márquez Lozornio
6809332

Para justificar el título comenzaremos nuestra historia así: érase una vez una maestra.../

Pero antes quisiera contarles cómo se me ocurrió y decidí hacer esta narración: Alguien me contó que alguien le contó que alguien le contó que

Que conoció una maestra que le caía como patada de mula, como gancho al hígado, como y que y

Entonces con lágrimas en los ojos y el corazón apachurrado como cualquier cosa apachurrada medité en la terrible injusticia que se cometía con la en-el-párrafo-anterior-citada maestra y decidí investigar para restablecer su prestigio, su honra, su todo, ya que no creí en las doloridas palabras del amigo de todos los otros amigos que se lo contaron al amigo que me lo dijo a mí que a mi vez soy amigo de

Fue entonces cuando llegué y vi, y como vi decidí mejor callarme, pero como soy muy hablador (entiéndase escritor (con un sentido extensivo)) conté del uno al tres y antes de terminar ya estaba escribiendo con letra chiquita a una velocidad igual a cuatro punto cinco renglones sobre una sacada de puntilla de dos milímetros al lapicero al cuadrado.

Empecé por analizar los personajes y establecer la secuencia.

Pero ya que los personajes eran reales, y para no exponerme, pensé situar la acción en un lugar imaginario donde lo más extraño fuera posible y no llamara la atención a nadie. Dudé en ambientarlos en una ciudad fantástica, o en un sueño, pero al fin me decidí por la E. N. P. No. 1.

Además para evitar un coscorrón firmaré con otro nombre o seudónimo, que de ambas y diferentes maneras puede y suele decirse “u” pronunciarse.

Después de estos breves antecedentes se descorre el telón y aparece el título: “Historia de...” superpuesto sobre una panorámica del aludido edificio preparatoriano. Se disuelve el título y se inicia un *dolly-in* lento hasta la puerta del salón de clases, se detiene y entra para culminar con un *close-up* del rostro de la protagonista y con el tema de la 5ª de Beto como fondo CORTEEE/

no ha llegado la maestra y se interrumpe la exposición durante un lapso prudente. Por fin llega y enfocamos bien para ver con claridad su rostro, por cuya expresión parece estar oliendo una cebolla podrida y viendo una rata destripada. Comienza la clase y parece que habla un capataz (seguramente en alguna ocasión alguien gritó: “no se oye”, ella aumentó su volumen y le dio un aire).

Sobre su cabeza tiene una corona de baronesa, que para ser de oro sólo hace falta quitarle la de cabello trenzado y ponerle una de oro verdadero. De todos modos el título nadie se lo quita.

Se sabe muy inteligente y sus palabras son axiomáticas. Su buen gusto la hace ser acérrima odiadora de la vulgaridad. Pobre maestra! Cómo debe sufrir al pensar en la ínfima y última (o primera) extracción social de sus alumnos: Mal vestidos. Sucios. Burdos. Tontos. Feos.

Ella sufre, pero se aguanta, y en sus clases sólo les dice burros, insectos, retrasados mentales.

En las tardes, para compensar, asiste a la ópera o permanece en su casa tomando una tacita de te mientras lee a Hesse y escucha a Mozart.

Al día siguiente los mismos calificativos de siempre, cobra un veinte por comer uñas (dinero que guarda la tesorera y que se rifa al final del año), pide dulces para todos cuando alguien come dulces en clase, rompe las pruebas de los que hacen otra ficha que ella no les designó y cuando alguien protesta dice que nada más le faltaba que un indio de huarache le fuera a zapatear.

En el fondo es buena, con un ingenioso sentido del humor y un estricto y positivo concepto de la justicia. Hace la clase amena y sustanciosa, lástima que se gane la antipatía de sus alumnos al hacerlos sentirse estúpidos e ignorantes, y no ponga en el otro platillo de vez en cuando una alentadora

felicitación. Todo maestro debería ser como un buen cocinero para saber cuánto vinagre y aceite hay que poner a la ensalada.

Y así termina esta historia que no es historia. No es cuento tampoco pero sí es muy triste. Y antes de aparezca el fin todavía la vemos, en una última toma, leyendo la “Historia de érase una vez una maestra...”

se enoja
refunfuña
la arruga
la tira
qué mal gusto
qué ortografía
qué coraje
se ríe
no hace caso
muy digna
qué remedio

la recoge y continua
leyendo que la maestra la recoge y continúa leyendo que la maestra la recoge
y continúa...

y así sucesivamente.

20-04-1968.

Aunque no quise corregir ni cambiar nada, sí quiero agregar que desde hace mucho tiempo pienso que las ensaladas pueden quedar más sabrosas con la exclusión completa del vinagre.